

# MODO ACTIVACIÓN

**PARA LÍDERES FORMADORES DE  
UNA MENTALIDAD DE REINO**

**1**



**OSVALDO REBOLLEDA**

# MODO ABUNDANCIA

## 1

**PARA LÍDERES FORMADORES DE  
UNA MENTALIDAD DE REINO**



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
Capítulo uno:	
<b>La responsabilidad es personal.....</b>	<b>9</b>
Capítulo dos:	
<b>De espectadores a protagonistas.....</b>	<b>14</b>
Capítulo tres:	
<b>La fe que actúa.....</b>	<b>20</b>
Capítulo cuatro:	
<b>Romper la mentalidad de víctima.....</b>	<b>25</b>
Capítulo cinco:	
<b>Procesos y madurez.....</b>	<b>31</b>
Capítulo seis:	
<b>Gestionar el cambio personal.....</b>	<b>36</b>
Capítulo siete:	
<b>La activación en el Reino.....</b>	<b>41</b>
Capítulo ocho:	
<b>Liderazgo que genera activación.....</b>	<b>46</b>

Capítulo nueve:	
<b>Disciplina que sostiene el crecimiento.....</b>	<b>51</b>
Capítulo diez:	
<b>Decisiones que definen el destino.....</b>	<b>56</b>
Capítulo once:	
<b>Constancia que produce resultados.....</b>	<b>61</b>
Capítulo doce:	
<b>Una vida que responde y transforma.....</b>	<b>66</b>
<b>Conclusión .....</b>	<b>71</b>
<b>Apéndice para Líderes.....</b>	<b>75</b>
<b>Reconocimientos.....</b>	<b>80</b>
<b>Sobre el autor.....</b>	<b>82</b>

# INTRODUCCIÓN

“Formando discípulos que transforman realidades”

***“Sed hacedores de la palabra,  
y no tan solamente oidores”***

Santiago 1:22

Una de las distorsiones más peligrosas que ha penetrado silenciosamente en la vida de muchos creyentes no es la falta de fe... sino la ausencia de responsabilidad. Se cree, pero no se actúa, se espera, pero no se responde, se ora, pero no se transforma, y en ese desajuste, la vida cristiana pierde su fuerza, su avance y su fruto.

El Reino de Dios no funciona únicamente por lo que Dios hace, sino también por la respuesta del hombre a lo que Dios hace. Él inicia, nosotros respondemos, Él habla, nosotros obedecemos, Él da y nosotros administramos.

Este equilibrio ha sido establecido desde el principio, pero cuando se pierde, se genera una fe pasiva, inmadura e improductiva. Muchos creyentes han sido enseñados a depender de Dios, pero no todos han sido formados para responderle. Se les ha enseñado a pedir, pero no a accionar. A esperar milagros, pero no a caminar en procesos, y esto ha producido una generación que ama a Dios, pero no siempre madura en Cristo, haciendo lo que debe.

La madurez no se mide por lo que una persona recibe, se mide por lo que una persona asume. Jesús fue claro al decir: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”*** (Lucas 9:23). Esto no es una invitación pasiva, es un llamado activo. Implica decisión, implica acción, implica responsabilidad. Seguir a Cristo no es solo creer en Él, es aprender a responderle.

Sin embargo, en muchos contextos, la vida cristiana ha sido reducida a una experiencia donde el creyente espera que Dios resuelva todo, mientras evita asumir los cambios que le corresponden. Es cierto que muchos oran por una transformación, pero no se esfuerzan por cambiar hábitos, piden crecimiento, pero no quieren asumir procesos, desean avanzar, pero no quieren tomar decisiones comprometidas, y así, la vida queda estancada.

No se estanca por falta de promesas, sino por falta de respuestas. La Escritura lo afirma con claridad, debemos hacer, no solamente oír. El apóstol Santiago no pretendió ensayar una sugerencia, sino que escribió una clara definición de la vida espiritual correcta: “Hacer, no solamente oír”.

El oidor se conforma con entender, en cambio el hacedor se compromete a transformar, y allí está la gran diferencia. Porque la revelación sin acción produce ilusión y simples acuerdos mentales, pero la revelación con acción produce transformación.

Este libro nace como una respuesta a esta necesidad urgente. No para quitar la mirada de Dios, sino para ubicar correctamente al hombre dentro del diseño del Reino. No para reemplazar la gracia, sino para activarla correctamente. Porque la gracia no anula la responsabilidad, sino que la habilita y la enfoca correctamente.

Dios no hace todo por nosotros, pero tampoco nos deja solos. Él nos capacita, nos guía, nos fortalece, nos habla, pero espera una respuesta. El apóstol Pablo lo expresó de manera perfecta: ***“Ocupaos en vuestra salvación... porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer”*** (Filipenses 2:12 y 13). Aquí está el equilibrio del Reino.

Dios produce, pero nosotros debemos reaccionar y ocuparnos. Dios no ha creado autómatas para manejarlos a placer, Él pretende llevarnos a través de la libertad fundamentada en la verdad. Cuando el equilibrio entre la obra de Dios y la nuestra se pierde, la vida espiritual se desequilibra.

Si nosotros intentamos hacerlo todo sin dependencia, caemos en esfuerzo humano, pero si no hacemos nada, esperando que Dios haga todo, caeremos en pasividad espiritual. Sin embargo, cuando estas dos fuerzas se alinean, se produce el crecimiento real.

Este libro es un llamado a salir de la pasividad y entrar en la responsabilidad. A dejar de vivir reaccionando y comenzar a vivir intencionalmente. A dejar de esperar

cambios sin involucrarse y comenzar a gestionar una vida transformada. Puede que no sea un mensaje cómodo, pero ciertamente es un mensaje necesario.

Porque el Reino no avanza con espectadores, avanza con participantes. No se manifiesta con oyentes, se establece con hacedores. No se manifiesta a través de los que siempre están esperando sin hacer nada, sino a través de los que responden con firme actitud.

Este es un llamado a una fe activa, a una vida que no solo cree, sino que actúa, a una generación que no solo recibe, sino que se levanta y responde. Porque cuando asumimos nuestra responsabilidad, las cosas cambian. La fe se vuelve dinámica, la vida se ordena, el carácter se forma, el propósito se activa y lo que antes parecía estancado, comienza a avanzar.

Este es el tiempo de dejar de vivir desde la excusa, y comenzar a vivir desde la responsabilidad. Porque Dios ya hizo Su parte fundamental, y está dispuesto a realizar todo lo que le corresponda según Su diseño soberano. Ahora es tiempo de responder a través de nuestra responsabilidad. Recordemos que:

***“...la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma”.***

Santiago 2:17

# Capítulo uno

## LA RESPONSABILIDAD ES PERSONAL

*“De manera que cada uno de nosotros  
dará a Dios cuenta de sí.”*

Romanos 14:12

Uno de los principios más fundamentales, y al mismo tiempo más ignorados en la vida cristiana, es que la responsabilidad espiritual es personal. Nadie puede vivir por otro lo que le corresponde vivir delante de Dios. Nadie puede orar por otro de manera que sustituya su comunión. Nadie puede obedecer en lugar de otro. Nadie puede crecer espiritualmente en representación de otro.

La vida con Dios es profundamente personal, y aunque se vive en comunidad, se desarrolla en intimidad. Muchos han intentado sostener su vida espiritual apoyándose en estructuras externas: la iglesia, los líderes, las reuniones, los mensajes. Y todo eso es importante, necesario y establecido por Dios. Pero nada de eso puede reemplazar la

responsabilidad individual de cada creyente delante del Señor.

El problema surge cuando lo externo intenta ocupar el lugar de lo interno, cuando la asistencia reemplaza la búsqueda, cuando la enseñanza reemplaza la práctica, cuando la emoción reemplaza la transformación. Y en ese punto, la vida espiritual comienza a debilitarse, aunque externamente parezca activa.

Jesús fue claro al enseñar: ***“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto”*** (Mateo 6:6). Este llamado no es colectivo, es individual. No es público, es personal. No depende de otros, depende de cada uno.

La verdadera vida espiritual se construye en lo secreto, es allí donde se forma el carácter, es allí donde se alinean las decisiones, es allí donde se desarrolla la sensibilidad a la voz de Dios. Pero muchos quieren resultados visibles sin cultivar una vida invisible, quieren autoridad sin intimidad, quieren fruto sin raíz, quieren avance sin proceso y eso no es posible en el Reino. Porque todo lo que se sostiene afuera, primero debe ser establecido adentro.

La responsabilidad espiritual implica asumir que nuestro crecimiento depende de nuestra respuesta a Dios. No de lo que otros hagan, no de las circunstancias, no del contexto, sino de cómo nosotros decidimos vivir nuestra relación con Él.

Esto rompe completamente con la mentalidad de dependencia incorrecta. Porque una cosa es depender de Dios, y otra muy distinta es depender de otros para lo que nos corresponde a nosotros.

Muchos creyentes viven esperando que el líder los motive, que la iglesia los impulse, que el ambiente los sostenga. Pero cuando esas cosas no están, su vida espiritual se cae. Y eso revela que nunca fue edificada correctamente.

En el encabezado de este capítulo elegí **Romanos 14:12**, porque en esa pequeña frase, el apóstol Pablo lo expresó sin rodeos: ***“De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí”***. No daremos cuenta por otros, ni otros darán cuenta por nosotros. Cada uno responderá por su propia vida.

Esto no es una carga, debe ser una verdad que libera, porque cuando entendemos esto, dejamos de poner excusas. Dejamos de culpar a otros. Dejamos de depender de factores externos. Y comenzamos a tomar el control de nuestro crecimiento espiritual, bajo la guía del Espíritu Santo.

La responsabilidad espiritual también implica disciplina. Y esta es una palabra que muchas veces no es bien recibida, pero es absolutamente necesaria. La disciplina no es legalismo, es orden. Es decidir orar aunque no tengamos ganas, pero de corazón, sin hipocresías. Es decidir la obediencia a Dios, aunque todo nuestro ser pueda demandar

otra cosa. Porque la vida espiritual no se sostiene por emociones, se sostiene por convicciones.

Pablo le dijo a Timoteo: ***“Ejercítate para la piedad”*** (1 Timoteo 4:7). El ejercicio implica constancia, esfuerzo, decisión. No siempre es cómodo, pero produce resultados. Es entonces que surge una de las claves más importantes: “Lo que no se ejercita, no crece”. La fe se ejercita, la obediencia se ejercita, la comunión se ejercita, el carácter se forma en el ejercicio constante. Por eso, el creyente responsable no espera sentir para hacer, decide hacer porque sabe que es correcto.

También es importante entender que nadie puede transferir disciplina. Puede enseñarse, puede modelarse, puede inspirarse, pero cada persona debe desarrollarla. Es una decisión personal. Y en esa decisión se define gran parte del crecimiento espiritual.

La responsabilidad espiritual personal también protege al creyente. Porque lo mantiene conectado a la fuente correcta. No depende de ambientes, depende de Dios. No depende de momentos, depende de una relación continua, y eso da estabilidad.

Porque la vida no siempre será favorable. No siempre habrá motivación, no siempre habrá condiciones ideales. Pero el que ha aprendido a sostener su vida espiritual personalmente, permanece firme en cualquier contexto.

Jesús habló de esto al mencionar al hombre prudente que edificó su casa sobre la roca (**Mateo 7:24 y 25**). No evitó la tormenta, pero la resistió, porque estaba bien fundamentado. Y ese fundamento no se construye en lo público, se construye en lo personal, en lo privado. Por eso, este capítulo es un llamado claro:

Dejar de delegar lo que es intransferible, dejar de esperar lo que nos corresponde hacer de manera personal, dejar de vivir dependiendo de otros para lo que Dios nos dio a nosotros, y comenzar a asumir la responsabilidad de una vida espiritual real, constante y profunda.

Porque cuando esto sucede, todo cambia. La comunión con Dios se vuelve firme, la fe se fortalece, el carácter se forma, la vida avanza y dejamos de ser en nuestras fuerzas para ser afirmados en las fuerzas del Señor. Nos convertimos en gente firme, sostenida en todo tiempo y en todo lugar por aquel que nos llamó desde Su soberana gloria. Y allí comienza la verdadera madurez. Y madurar es obtener acceso al gobierno espiritual.

## Capítulo dos

# DE ESPECTADORES A PROTAGONISTAS

*“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores”.*

Santiago 1:22

Uno de los mayores desafíos de la Iglesia en este tiempo no es la falta de recursos, ni de enseñanza, ni siquiera de oportunidades; es la cantidad de creyentes que viven como espectadores en lugar de protagonistas. Son hermanos que asisten, escuchan, reciben, se emocionan, pero no participan activamente en el propósito de Dios. Esto genera una vida cristiana incompleta en ellos y una mediocridad muy grande en las congregaciones.

El Reino no fue diseñado para ser observado; fue diseñado para ser vivido. Jesús nunca llamó a la gente a admirarlo desde la distancia, sino a seguirlo. Y seguirlo implica movimiento, decisión e involucramiento. No hay discipulado sin participación.

Sin embargo, muchos han adoptado una posición cómoda dentro de la iglesia, sobre todo después de lo que fue el tiempo de pandemia por causa del COVID-19. Desde entonces, muchos hermanos miran desde sus casas; otros se acercan cada tanto, se sientan, reciben la palabra, disfrutan de la presencia, saludan a todos con alegría, dicen que están muy bien, pero no asumen un rol activo en el Reino. Son creyentes, pero no discípulos; por eso se convierten en consumidores espirituales.

Esto es peligroso, porque una fe que solo consume y no produce inevitablemente se debilita. La fe sin obras es muerta, porque en el Reino lo que no se activa se estanca. Santiago lo expresa claramente: ***“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores”*** (Santiago 1:22). Aquí no hay un punto intermedio: o se vive lo que se escucha, o se cae en engaño.

El espectador escucha; el protagonista responde. El espectador espera; el protagonista actúa. El espectador observa lo que otros hacen; el protagonista entiende que él también fue llamado.

Jesús lo dejó claro cuando dijo: ***“La mies a la verdad es mucha, más los obreros pocos”*** (Mateo 9:37). No dijo que faltaba necesidad ni oportunidad; dijo que faltaban obreros. Y ese sigue siendo el problema hoy.

La verdad es que hay una gran necesidad, hay campo para trabajar, hay propósito y promesas para todos; pero

muchos siguen mirando en lugar de involucrarse. El Reino no avanza con espectadores; avanza con obreros. La responsabilidad debe volverse práctica, porque no se trata solo de entender que hay que hacer algo, sino de asumir que somos parte de lo que debe hacerse.

Cada uno de los hijos de Dios tiene una asignación, un lugar y algo que aportar. Nadie, absolutamente nadie, fue llamado a la pasividad. El apóstol Pablo lo expresó de manera clara: ***“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas...”*** (Efesios 2:10).

No solo fuimos salvados; fuimos diseñados con propósito. Y ese propósito requiere acción. Sin embargo, muchos han reducido la vida cristiana a asistir a reuniones, a escuchar enseñanzas y a esperar que otros hagan la obra. Y esto no solo limita el crecimiento personal, sino que debilita el avance del Reino.

Cuando muchos miran y pocos hacen, el crecimiento se frena. La iglesia no fue diseñada para ser sostenida por unos pocos, sino para ser edificada por todos. Cada miembro debe aportar, cada vida regenerada debe sumar; cada uno de nosotros tiene una función y una misión determinada.

**1 Corintios 12:27** dice: ***“Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”***. Esto implica que nadie es irrelevante, nadie es innecesario. Todos

tienen un lugar. Por otra parte, tampoco tenemos excusa. El mismo apóstol escribió: “*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?*” (1 Corintios 6:19). Esto es tremendo y debe ser asumido, porque muchos no han llegado a comprender que no se pertenecen a sí mismos, aunque sepan que fueron comprados por precio de sangre, como Pablo lo expresa en el versículo siguiente (1 Corintios 6:20).

Sin embargo, esa posición y ese privilegio deben ser asumidos. No se activan automáticamente; debemos tomar una decisión. Aunque debo aclarar algo al respecto: todo lo que tenemos y somos en Cristo es un hecho, aunque podamos ignorarlo, porque la verdad eterna está en Cristo; pero en nuestra realidad presente podemos manifestarlo solo desde la determinación personal. Es decir, un hijo es hijo, aunque no asuma su rol, pero sin duda se perderá muchos privilegios.

Lo que puedo ver claramente hoy en día es que la gente desea estar cómoda. El sistema ofrece todo para el bienestar humano, y esa cultura no es inocente en la Iglesia. Por eso, en los últimos años hemos visto cambios en los salones de reunión. Ya no se parecen en nada a las frías iglesias de hace unos años atrás; ahora tienen todas las comodidades para que la gente se sienta bien.

De hecho, no solo las instalaciones se han adaptado para una experiencia sensacional, sino que las reuniones en sí también han cambiado al gusto del consumidor. Cada vez

son de menor duración para que la gente no se canse. Tienen mejor música, mejor sonido, predicaciones dinámicas y espacios para todo tipo de actividades familiares. Una bendición para estar realmente cómodos. El problema es que la gente solo desea recibir, y son muy pocos los que se ofrecen para servir a Dios con verdadero compromiso.

También debo reconocer que los obreros verdaderamente dispuestos suelen ser sometidos a una sobrecarga de actividad bastante injusta, y eso es el resultado de que la mies es mucha, pero los obreros realmente son pocos (**Mateo 9:37**). Entonces, mientras tenemos a muchos que solo desean recibir, tenemos a unos pocos que terminan agotados.

Esto produce un desequilibrio, porque la madurez se manifiesta solo en quienes aceptan los compromisos. Es decir, en el Reino la madurez no se desarrolla observando, sino participando. Pedro es un buen ejemplo de esto: no fue perfecto, se equivocó muchas veces, pero fue un hombre de voluntad. Pedro siempre respondía al Señor; por eso estuvo en los eventos más importantes vividos por Jesús.

Observemos que Jesús tuvo unos setenta discípulos que enviaba a predicar de dos en dos. Sin embargo, cuando no comprendieron una enseñanza del Maestro, lo dejaron. Luego tuvo a sus doce, pero solo tres : Pedro, Jacobo y Juan, quienes participaron en los eventos más importantes, como la transfiguración. Sin embargo, si le preguntamos a muchos

cristianos los nombres de los doce apóstoles, algunos no sabrían mencionarlos todos.

Es importante entender que ser protagonistas no significa ocupar un lugar visible, sino asumir responsabilidades en el lugar donde Dios nos ha puesto. Seguramente no todos estaremos bajo las luces de una plataforma, pero todos estamos llamados a participar: de manera más visible o menos visible para los hombres, pero ciertamente trascendente para Dios.

Servir, discipular, orar, apoyar, construir, avanzar. El Reino tiene múltiples expresiones, pero todas requieren acción. Quienes son protagonistas no se preguntan: “¿Qué nos toca recibir?”, sino más bien: “¿En qué podemos servir?”. Y esa pregunta cambia todo, porque desplaza el enfoque del yo y lo coloca en el propósito.

Jesús mismo dijo: ***“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir”*** (Mateo 20:28). Ese es el modelo. El Reino no se construye desde la demanda, sino desde la entrega. Por eso, este capítulo es un llamado directo: salir de la pasividad, romper con la comodidad, dejar de observar y comenzar a participar.

## Capítulo tres

### LA FE QUE ACTÚA

***“Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe, si sus hechos no lo demuestran? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Supongamos que a un hermano o a una hermana les falta la ropa y la comida necesarias para el día; si uno de ustedes les dice: “Que les vaya bien; abríguense y coman todo lo que quieran”, pero no les dan lo que sus cuerpos necesitan, ¿de qué les sirve? Así pasa con la fe: por sí sola, es decir, si no se demuestra con hechos, es una cosa muerta. Uno podrá decir: “Tú tienes fe, yo tengo hechos. Muéstrame tu fe sin hechos; yo, en cambio, te mostraré mi fe con mis hechos.”***

Santiago 2:14 al 18 DHH

Uno de los desajustes más comunes en la vida cristiana es separar aquello que en el Reino de Dios nunca fue diseñado para estar dividido: la fe y la acción. Muchos han aprendido a creer, pero no todos han aprendido a responder; han sido enseñados a confiar en Dios, pero no siempre a dar pasos concretos en base a esa confianza. Y en esa desconexión, la fe pierde su expresión más genuina, porque

la fe verdadera no es solamente una convicción interna, sino una fuerza que impulsa decisiones, transforma conductas y moviliza la vida.

La Escritura no deja lugar a ambigüedades en este aspecto. Santiago declara que la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma, no como una crítica, sino como una descripción de su naturaleza. Es decir, la fe que no se expresa en acciones no está incompleta; está inactiva, y por lo tanto, no puede producir los resultados del Reino. No porque Dios haya dejado de obrar, sino porque el hombre no ha respondido a lo que Dios ya ha dicho.

Crear en el Reino no es solamente aceptar una verdad, es alinearse con ella. Es permitir que lo que Dios ha revelado afecte la manera de pensar, de decidir y de vivir. Por eso, cada vez que Dios habla, no solo comunica información, sino que habilita un movimiento. Su palabra nunca fue dada para ser admirada, sino para ser obedecida.

Abraham es un ejemplo claro de esta dinámica. No solo creyó la promesa, caminó en función de ella. Cuando Dios le habló, no se quedó reflexionando indefinidamente, se levantó y salió, aun sin tener todos los detalles claros. Su fe no se expresó en palabras, sino en dirección. Y allí radica una de las claves más profundas del Reino: la fe no siempre entiende todo antes de avanzar, pero avanza porque confía en quien habló.

Esto confronta directamente una tendencia muy arraigada en muchos creyentes, que esperan tener certeza absoluta, condiciones favorables o confirmaciones múltiples antes de actuar. Sin embargo, el Reino no se mueve por seguridad natural, sino por convicción espiritual. Y esa convicción se manifiesta cuando el creyente decide dar pasos concretos, aun cuando no todo esté resuelto en el plano visible.

Jesús enseñó constantemente de esta manera. Cuando llamó a sus discípulos, no les dio un plan detallado, les dio una invitación: **“Sígueme”**. Y ese llamado requería una respuesta inmediata. No se trataba de entender completamente, sino de obedecer lo suficiente como para comenzar a caminar. Porque en el Reino, la claridad muchas veces viene después del movimiento, no antes.

El problema es que muchos han aprendido a posponer lo que Dios ya ha hablado, esperando un momento ideal que nunca llega. Y en esa postergación, la fe se debilita, no porque desaparezca, sino porque no se ejercita. Como todo en la vida espiritual, lo que no se usa, se estanca. La fe crece cuando se practica, cuando se pone en acción, cuando se convierte en decisiones concretas.

También es importante entender que la acción de la fe no siempre es visible para otros, pero siempre es real delante de Dios. A veces será dar un paso externo, otras veces será tomar una decisión interna, cambiar una actitud, soltar algo que ya no corresponde o asumir un compromiso que se ha

estado evitando. La fe no siempre se mide por lo espectacular, sino por lo obediente.

En este sentido, la relación entre fe y acción no debe entenderse como un esfuerzo humano por producir resultados, sino como una respuesta alineada a la gracia de Dios. No actuamos para que Dios haga algo, actuamos porque Dios ya ha hablado. No nos movemos para convencer a Dios, nos movemos porque confiamos en Él.

El apóstol Pablo expresó esta dinámica cuando dijo que había trabajado más que todos, pero no él, sino la gracia de Dios con él. Esto revela un equilibrio poderoso: hay acción, pero no hay autosuficiencia; hay movimiento, pero no independencia. La fe que actúa no reemplaza a Dios, coopera con Él.

Por eso, este capítulo no es un llamado a hacer más por hacer, sino a responder correctamente. A dejar de separar lo que el Reino unió. A entender que cada palabra de Dios sobre nuestra vida requiere una respuesta práctica. Que cada promesa, cada dirección, cada revelación, lleva implícita una invitación a actuar.

Cuando nuestra vida entra en esta dinámica, todo cambia profundamente. Dejamos de vivir en expectativa pasiva y comenzamos a caminar en participación activa. La fe deja de ser un concepto y se convierte en una experiencia. Lo que antes parecía lejano comienza a tomar forma, no

porque Dios haya cambiado, sino porque nuestra respuesta se ha alineado.

Y allí, en ese punto de encuentro entre lo que Dios dice y lo que nosotros hacemos, el Reino se manifiesta con claridad. Porque la fe que verdaderamente cree... inevitablemente actúa.

***“No seas tonto, y reconoce que, si la fe que uno tiene no va acompañada de hechos, es una fe inútil”.***

Santiago 2:20 DHH

## Capítulo cuatro

# ROMPER LA MENTALIDAD DE VÍCTIMA

*“Den gracias en toda circunstancia, pues esta es la voluntad de Dios para ustedes que pertenecen a Cristo Jesús.”*

1 Tesalonicenses 5:18

Uno de los obstáculos más profundos que impiden el crecimiento espiritual y el avance en la vida del creyente no siempre es externo, sino interno. No se trata únicamente de circunstancias adversas, sino de la manera en que esas circunstancias son interpretadas. Y en muchos casos, lo que limita no es lo que ocurre, sino la mentalidad con la que se enfrenta lo que ocurre.

La mentalidad de víctima es una de las formas más sutiles de pasividad espiritual. No siempre se expresa de manera evidente, ni con palabras directas, pero se manifiesta en actitudes, en razonamientos y en una forma de posicionarse frente a la vida. Es una manera de pensar que transfiere constantemente la responsabilidad hacia factores

externos: otras personas, el pasado, el contexto, las oportunidades que no llegaron o las heridas que no sanaron.

Desde esa perspectiva, el creyente comienza a ver su vida como el resultado de lo que otros hicieron o dejaron de hacer, y no como el fruto de sus propias decisiones delante de Dios. Y aunque es cierto que hay situaciones reales que afectan, que duelen y que marcan, el problema no está en reconocerlas, sino en permitir que definan el rumbo de nuestra vida. Porque en el Reino, el pasado puede explicar, pero no puede determinar lo que somos, ni como vivimos.

La Escritura muestra repetidamente que Dios trabaja con personas en contextos complejos, historias difíciles y situaciones adversas, pero nunca valida una postura de pasividad basada en esas circunstancias. Por el contrario, siempre llama a una respuesta. Siempre nos invita a levantarnos, a decidir, a avanzar.

El pueblo de Israel, por ejemplo, fue liberado de Egipto, pero no todos lograron salir de la mentalidad de esclavitud. Aunque físicamente estaban fuera, internamente seguían condicionados por su pasado. Frente a cada dificultad, su respuesta era mirar atrás, quejarse, justificar su situación y desear volver a lo que conocían, aun cuando eso implicaba volver a la esclavitud.

Y esto revela algo muy importante: se puede haber sido liberado, pero no transformado.

La mentalidad de víctima mantiene a las personas atadas a lo que ya pasó, impidiéndoles asumir responsabilidades sobre lo que pueden hacer hoy. Y esto es extremadamente limitante, porque anula la capacidad de decisión, debilita la fe y paraliza el crecimiento.

En cambio, el Reino introduce un principio completamente diferente: cada persona es responsable de su respuesta delante de Dios, independientemente de su punto de partida. Esto no niega el dolor, pero lo reubica. No ignora las dificultades, pero no permite que gobiernen.

Jesús mismo, en múltiples ocasiones, confrontó esta mentalidad. Cuando se encontraba con personas que llevaban años en situaciones limitantes, no solo mostraba compasión, también provocaba una respuesta. “*¿Quieres ser sano?*” (**Juan 5:6**), esta no era una pregunta innecesaria, era una invitación a asumir responsabilidad. Era llevar a la persona a salir del lugar de excusa y entrar en el lugar de decisión. Porque el cambio comienza cuando la persona deja de justificarse y comienza a responder.

La mentalidad de víctima busca razones; la mentalidad de Reino busca respuestas. La primera se enfoca en lo que falta, la segunda en lo que se puede hacer. La primera espera que algo externo cambie, la segunda entiende que el primer cambio debe ocurrir internamente.

Esto no es dureza, es verdad. Porque mientras la responsabilidad esté afuera, el poder de cambio también lo

estará. Pero cuando la persona asume su responsabilidad, recupera su capacidad de avanzar, de decidir y de transformar su realidad con la ayuda de Dios.

El apóstol Pablo es un ejemplo extraordinario de esto. Su vida estuvo llena de desafíos, persecuciones, limitaciones y momentos difíciles. Sin embargo, nunca se posicionó como víctima. Nunca utilizó sus circunstancias como justificación para detenerse. Por el contrario, en medio de todo, siguió avanzando, predicando, formando y estableciendo.

Esto no significa que ignoraba las dificultades, sino que no permitía que definieran su identidad ni su propósito. Y aquí encontramos una clave fundamental: “la identidad en Cristo rompe la mentalidad de víctima”.

Cuando entendemos quienes somos en Cristo, dejamos de definirnos por nuestra historia, por nuestros errores o por lo que otros hicieron en nuestra contra. Comenzamos a vernos desde la perspectiva de Dios, y eso cambia completamente nuestra manera de vivir.

Ya no nos vemos como personas condicionadas, sino como bienaventurados, llamados a una vida con propósito. Ya no nos vemos como personas limitadas, sino como hijos de Dios capacitados por la gracia. Ya no nos vemos como personas atrapadas, sino como libres capaces de avanzar en la vida.

Esto no ocurre automáticamente, es un proceso de renovación de la mente. Es aprender a pensar de manera diferente, a interpretar la vida desde la verdad de Dios y no desde las emociones o experiencias pasadas.

El mencionado pasaje de **Romanos 12:2** nos habla de esta transformación mediante la renovación del entendimiento. Y esto es clave, porque muchas veces la vida no cambia porque la manera de pensar no cambia. Por eso, romper la mentalidad de víctima no es simplemente decidir “ser positivo”, es alinear la mente con la verdad del Reino.

Es dejar de culpar a otros y comenzar a asumir nuestras responsabilidades. Es dejar de esperar que otros cambien y comenzar a cambiar nosotros mismos. Es dejar de vivir reaccionando y comenzar a vivir intencionalmente. Cuando esto ocurre, la vida se ordena. No necesariamente porque todo alrededor cambie inmediatamente, sino porque la persona cambia su posición frente a la vida.

Y esa nueva posición abre puertas, porque Dios trabaja con personas que responden, Dios forma a quienes asumen responsabilidades, Dios levanta a quienes deciden avanzar.

Amados, este capítulo es una invitación clara y necesaria: salir del lugar de la excusa y entrar en el lugar de la responsabilidad. Dejar de mirar constantemente lo que no fue, y comenzar a construir lo que puede ser en Dios. Porque el pasado no se puede cambiar, pero el presente sí se puede asumir.

Cuando el presente se asume correctamente, el futuro deja de ser una repetición y se convierte en una oportunidad de transformación.

Es normal que a la Iglesia lleguen muchas personas heridas, con un pasado y un claro testimonio de dolor, pero después de recibir la vida de Cristo, es necesario que se levanten como vencedores. Es necesario que salgan de toda mentalidad de esclavitud, y créanme, que la de víctima es una de esas mentalidades.

El Señor no siente apatía por las duras experiencias de vida que podamos haber pasado. Por el contrario, Jesucristo es un varón de dolores experimentado en quebranto (**Isaías 53:3**). Sin embargo, enfrentó toda adversidad para sacarnos en libertad. Dios se conmueve en amor por las situaciones de dolor que hemos pasado en la vida, pero nos ama demasiado para ponerse a llorar con nosotros, Él vino para darnos vida y vida en abundancia (**Juan 10:10**). Él vino para librarnos de toda mentalidad de víctimas y hacernos más que vencedores en Él.

## Capítulo cinco

### PROCESOS Y MADUREZ

***“Más bien, crezcan en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a quien sea dada la gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.”***

2 Pedro 3:18

En la vida del creyente, uno de los mayores desafíos no es solo creer en lo que Dios puede hacer, sino aceptar la manera en que Dios decide hacerlo. Porque, aunque muchos desean resultados, no todos están dispuestos a atravesar los procesos que forman el carácter necesario para sostener esos resultados.

Existe una tendencia muy marcada a querer respuestas rápidas, cambios inmediatos y soluciones definitivas, pero el Reino de Dios no se edifica sobre lo instantáneo, sino sobre lo formado. Dios no solo está interesado en lo que una persona recibe, sino en quién esa persona llega a ser en el camino. Y es precisamente en ese camino donde aparecen los procesos.

Los procesos no son interrupciones del propósito, son parte del propósito. No son retrasos, son formación. No son obstáculos, son herramientas que Dios utiliza para desarrollar madurez, estabilidad y profundidad en nuestras vidas.

Sin embargo, muchas veces los procesos son resistidos. Se los percibe como incomodidad innecesaria, como demora, como dificultad. Y en lugar de entenderlos, se los evita. En lugar de atravesarlos, se los cuestiona. Pero todo aquello que se evita en el proceso, reaparece en el resultado, porque lo que no se forma, no se sostiene.

La Escritura muestra de manera consistente que Dios trabaja a través de procesos. José recibió un sueño, pero no llegó inmediatamente al cumplimiento. Hubo etapas, pruebas, momentos de aparente retroceso, situaciones injustas y tiempos de espera. Sin embargo, cada una de esas etapas no fue un desvío, fue una preparación.

Cuando finalmente llegó al lugar de autoridad, no solo tenía posición, tenía carácter. No solo tenía oportunidad, tenía capacidad para administrar lo que Dios le confiaba. Esto revela un principio clave: “Dios no adelanta resultados si el carácter no está preparado”.

El resultado sin carácter puede destruir lo que viene como bendición. Por eso, la madurez es indispensable. Y la madurez no se alcanza por información, sino por formación. No se desarrolla solo escuchando, sino viviendo,

enfrentando, decidiendo correctamente en medio de situaciones reales.

El apóstol Santiago lo expresa con claridad cuando dice que la prueba de la fe produce paciencia, y que la paciencia debe tener su obra completa para que el creyente sea perfecto y cabal, sin que le falte cosa alguna (**Santiago 1:3 y 4**). Aquí se muestra que el proceso tiene un objetivo: llevar a la persona a una condición de madurez integral.

No se trata solo de resistir, sino de ser transformado, pero para que esto ocurra, es necesario cambiar la perspectiva. Dejar de ver el proceso como algo negativo y comenzar a verlo como parte del diseño de Dios. Entender que no todo lo incómodo es malo, y que no todo lo difícil es innecesario.

Muchas veces, el proceso es el lugar donde Dios trata aquello que no se ve. Ajusta motivaciones, corrige actitudes, ordena prioridades, fortalece convicciones. Y todo esto es indispensable para lo que vendrá.

El problema es que muchos quieren el resultado sin el proceso, la posición sin la preparación, la autoridad sin la formación. Pero eso no es sostenible en el Reino. Porque el crecimiento verdadero no es solo expansión externa, es desarrollo interno, y ese desarrollo requiere tiempo, decisión y disposición para ser tratado por Dios.

También es importante entender que cada proceso es personal. No todos viven las mismas etapas, ni en los mismos tiempos, ni de la misma manera. Por eso, compararse es un error. El enfoque no debe estar en lo que otros viven, sino en lo que Dios está haciendo en cada uno.

El proceso no se acelera mirando a otros, se atraviesa respondiendo correctamente a Dios. El apóstol Pablo, escribiendo a los filipenses, dijo que no pretendía haberlo alcanzado todo, pero que proseguía para alcanzar aquello para lo cual fue alcanzado por Cristo (**Filipenses 3:12**). Esto muestra una actitud de avance continuo, de disposición a seguir siendo formado.

La madurez no es un punto de llegada, es una actitud constante. Es entender que siempre hay algo que ajustar, algo que aprender, algo que desarrollar. No desde la inseguridad, sino desde la conciencia de que Dios sigue obrando.

Cuando abrazamos los procesos, dejamos de frustrarnos con lo que aún no vemos y comenzamos a valorar lo que Dios está haciendo en nosotros. La espera deja de ser pérdida y se convierte en preparación. La dificultad deja de ser obstáculo y se convierte en oportunidad de crecimiento, y esto produce estabilidad.

Cuando somos tratados por los procesos divinos, dejamos de depender de resultados inmediatos para mantenernos firmes. Aprendemos a confiar en Dios en medio del proceso, a permanecer aun cuando no todo esté claro, a

avanzar aun cuando no todo esté resuelto. Esa es la verdadera madurez.

No es la ausencia de desafíos, sino la capacidad de sostenernos correctamente en medio de ellos, lo que puede calificarnos como hijos maduros. Por eso, deseo que tomen esto como una invitación a dejar de resistir los procesos y comenzar a comprenderlos. A no huir de lo que Dios está utilizando para formar, sino a responder correctamente en medio de ello.

Entiendo perfectamente que no es fácil, porque personalmente he pasado por muchos procesos, pero puedo asegurar que todo proceso bien vivido, produce una vida bien establecida. Y cuando la vida está establecida, el crecimiento no es frágil, es firme. No es momentáneo, es permanente. Es allí donde dejamos de depender de circunstancias favorables y comenzamos a caminar en una madurez que nos permite avanzar en cualquier contexto, sabiendo que Dios no solo está obrando en nuestro entorno, sino también lo hace profundamente dentro de nuestro corazón.

## Capítulo seis

# GESTIONAR EL CAMBIO PERSONAL

*“Con respecto a su vida anterior, se les enseñó a quitarse el ropaje de la vieja naturaleza... a renovarse en la mente y el espíritu, y a revestirse de la nueva naturaleza...”*

Efesios 4:22 y 24 (NVI)

Hablar de transformación es fácil; vivirla, en cambio, requiere decisión, constancia y responsabilidad. Muchos anhelan cambios en sus vidas, oran por ellos, los esperan e incluso los declaran, pero no todos comprenden que el cambio en el Reino de Dios no es solamente algo que sucede, es algo que también se gestiona.

Dios tiene el poder para transformar cualquier área de la vida, pero no lo hace anulando la participación del hombre, sino invitándolo a colaborar activamente en ese proceso. La transformación no es un evento aislado, es un camino que se recorre mediante decisiones concretas, sostenidas en el tiempo.

Aquí es donde muchos se detienen. Porque esperan que el cambio ocurra sin modificar hábitos, sin ajustar pensamientos, sin tomar decisiones incómodas. Pero el Reino no opera de esa manera. Lo que Dios revela, el hombre debe administrarlo.

Pablo lo expresa con claridad cuando habla de despojarse del viejo hombre y vestirse del nuevo (**Efesios 4:22 al 24**). Esta imagen no es simbólica solamente, es práctica. Implica quitar algo y tomar algo. Implica acción. Implica una decisión consciente de abandonar una forma de vivir y adoptar otra.

El problema no es saber lo que hay que cambiar, el problema es decidir cambiarlo. Porque el conocimiento, por sí solo, no transforma. Puede iluminar, puede confrontar, puede orientar, pero si no se traduce en acciones concretas, la vida permanece igual. Y aquí es donde la activación responsable vuelve a aparecer como un elemento central.

Gestionar el cambio personal implica asumir que no todo lo que deseo cambiar se modificará automáticamente, sino que requerirá intención, disciplina y constancia. No se trata de perfección inmediata, sino de dirección correcta.

Muchas veces, el cambio comienza en lo pequeño. En decisiones cotidianas, en ajustes que parecen simples, pero que con el tiempo generan una transformación profunda. La manera de pensar, la forma de hablar, los hábitos diarios, la administración del tiempo, las prioridades. Todo esto forma

parte del proceso, porque la vida no cambia por grandes momentos, cambia por decisiones sostenidas.

La renovación del entendimiento como base de la transformación es clave, porque el cambio verdadero no comienza en lo externo, comienza en la mente. En la manera en que una persona interpreta la realidad, en cómo se ve a sí misma, en lo que cree posible y en lo que decide aceptar o rechazar.

Si la mente no cambia, la conducta tampoco se sostendrá. Por eso, gestionar el cambio implica también vigilar los pensamientos. Identificar patrones que limitan, creencias que no están alineadas con la verdad de Dios, razonamientos que justifican lo que debería ser transformado. Y a partir de allí, reemplazarlos por lo que Dios dice.

Este es un trabajo consciente, no automático, no emocional, no circunstancial. Es una decisión diaria de alinear la mente con la verdad. Pero el cambio también requiere hábitos. Porque una decisión sin hábito no se sostiene en el tiempo. Se puede comenzar con entusiasmo, pero si no se establece una práctica constante, el resultado se diluye.

Por eso, el cambio no se gestiona solo con intención, se consolida con hábitos. Orar, leer la Palabra, ordenar tiempos, establecer prioridades, cuidar lo que se consume, definir límites. Todo esto forma parte de una vida que está siendo transformada de manera intencional.

No se trata de legalismo, sino de orden. Porque donde no hay orden, el cambio no se sostiene. También es importante entender que el cambio implica incomodidad. Salir de lo conocido, dejar hábitos arraigados, enfrentar áreas que han sido evitadas durante mucho tiempo. Todo esto genera resistencia interna. Pero esa incomodidad no es un problema, es parte del proceso.

Porque todo crecimiento implica salir de una zona conocida para entrar en una nueva dimensión. Y ese tránsito nunca es completamente cómodo. Sin embargo, es necesario.

El apóstol Pablo lo expresa de manera contundente cuando dice que todo lo que antes consideraba ganancia, ahora lo estima como pérdida por causa de Cristo (**Filipenses 3:7**). Esto muestra que el cambio no solo implica incorporar cosas nuevas, sino también soltar cosas viejas. Y soltar requiere decisión, porque lo que no se suelta, no deja espacio para lo nuevo.

Gestionar el cambio personal también implica asumir que nadie puede hacerlo por uno mismo. Otros pueden acompañar, enseñar, aconsejar, pero la decisión final siempre es personal. Y en ese punto, la responsabilidad es intransferible.

Quienes entendemos esto, dejamos de esperar que el cambio venga de afuera y comenzamos a construirlo desde adentro, con la ayuda del Espíritu Santo. Ya no dependemos de momentos de inspiración, sino de convicciones firmes. Y

esto produce estabilidad, porque el cambio deja de ser algo eventual y se convierte en una forma de vivir. En una disposición constante a crecer, a ajustarse, a avanzar.

Este capítulo es una invitación clara a dejar de postergar aquello que ya es evidente. A no seguir esperando condiciones ideales, sino a comenzar con lo que hoy está al alcance. A entender que cada decisión cuenta, que cada hábito suma y que cada paso en la dirección correcta acerca a la transformación.

Porque cuando el cambio se gestiona correctamente, deja de ser una intención, y se convierte en una realidad. Y en esa realidad, la vida comienza a reflejar lo que Dios ya ha establecido, no solo como una promesa, sino como una experiencia concreta y visible.

## Capítulo siete

# LA ACTIVACIÓN EN EL REINO

***“Todo lo que hagan, háganlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres, sabiendo que del Señor recibirán la herencia como recompensa.”***

Colosenses 3:23 y 24

A medida que crecemos en nuestra comunión con Dios, hay una transición inevitable que debe ocurrir: dejar de vernos únicamente como personas que reciben del Reino para comenzar a entendernos como hijos que participan activamente en él. Este cambio no es solo conceptual, es profundamente práctico, porque redefine la manera en que llegamos a vivir la fe, la forma en que logramos interpretar la vida espiritual y el lugar que ocupamos dentro del propósito eterno de Dios.

El Reino no es un sistema diseñado para el consumo, sino para la participación. No es un espacio donde algunos hacen mientras otros observan, sino una realidad en la que cada creyente ha sido llamado, capacitado y enviado a

cumplir una asignación específica. Esta verdad, cuando es comprendida, transforma completamente la perspectiva, porque desplaza el enfoque del beneficio personal hacia la responsabilidad espiritual.

Desde el inicio, la Escritura muestra que Dios no solo bendice, sino que también encomienda. No solo da, también espera que lo dado sea administrado y utilizado conforme a su propósito. Jesús enseñó esto de manera clara en sus parábolas, especialmente cuando habló de los talentos, mostrando que cada siervo recibía algo y que luego debía responder por lo que había hecho con ello. No se trataba de una comparación entre unos y otros, sino de fidelidad en lo que a cada uno le había sido confiado.

Esto revela un principio fundamental: cada uno de nosotros como hijos de Dios, somos responsables de lo que hemos recibido. No importa si es mucho o poco en términos humanos, lo importante es entender que todo lo que Dios entrega tiene un propósito, y ese propósito requiere una respuesta. La vida espiritual no se trata solo de recibir revelación, sino de administrarla; no solo de experimentar la gracia, sino de caminar en ella de manera consciente y comprometida.

Sin embargo, una de las dificultades más comunes es que muchos no logran ver su lugar dentro del Reino. Esperan roles visibles, posiciones específicas o condiciones ideales para involucrarse, sin darse cuenta de que la responsabilidad no comienza con lo grande, sino con lo disponible. El Reino

no se construye desde lo extraordinario, sino desde la fidelidad en lo cotidiano.

Jesús fue claro al establecer que el que es fiel en lo poco, también en lo mucho será fiel. Este principio no solo habla de recompensa futura, sino de formación presente. La responsabilidad en el Reino se desarrolla progresivamente, en la medida en que el creyente responde correctamente en cada etapa.

Esto implica entender que no hay vidas irrelevantes dentro del Reino. Cada persona tiene una función, una influencia, un alcance que le es propio. No todos harán lo mismo, pero todos están llamados a hacer algo. Y ese “algo” no debe ser subestimado, porque en el diseño de Dios, cada parte aporta al todo.

El apóstol Pablo lo expresó al hablar del cuerpo, mostrando que cada miembro tiene su función y que ninguno puede considerarse innecesario. Esta imagen no es solo ilustrativa, es una declaración de cómo opera el Reino: interdependencia, diversidad y participación activa. Cuando uno no cumple su función, todo el cuerpo se ve afectado.

Por eso, asumir responsabilidad en el Reino no es solo una cuestión personal, también es una cuestión corporativa. La falta de compromiso de uno impacta en el avance de muchos. Y esto eleva el nivel de conciencia, porque ya no se trata solo de “nuestra vida espiritual”, sino del rol que cumplimos dentro del propósito de Dios en la tierra.

También es importante comprender que la responsabilidad en el Reino no se limita a actividades visibles o ministeriales. Abarca todas las áreas de la vida. La manera en que vivimos, decidimos, nos comportamos, nos relacionamos y administramos lo que tenemos, todo forma parte de nuestra expresión en el Reino. No hay separación entre lo espiritual y lo cotidiano; todo está integrado.

Esto cambia nuestra forma de vivir, porque cada decisión comienza a tener un peso distinto. Ya no vivimos de manera automática o superficial, sino con una conciencia de propósito. Se entiende que cada acción puede contribuir o limitar lo que Dios quiere hacer, y eso nos lleva a una vida más intencional.

La responsabilidad también implica disposición. No siempre tendremos todo resuelto, ni todas las respuestas claras, ni todas las condiciones ideales, pero el Reino no avanza por perfección, avanza por disponibilidad. Dios no busca personas que lo tengan todo definido, busca personas dispuestas a responder.

A lo largo de la Escritura, vemos cómo Dios llama a personas en medio de su realidad, con sus limitaciones, sus dudas y sus procesos, pero lo que marca la diferencia no es su condición inicial, sino su respuesta. Aquellos que se disponen, que se levantan, que dan pasos aun en medio de la incertidumbre, son los que entran en la dinámica del Reino.

Esto no elimina la necesidad de crecimiento, pero establece una base clara: “la activación responsable no comienza cuando todo está listo, comienza cuando la persona decide responder”.

Por eso, este capítulo es una invitación a dejar de esperar un momento ideal para involucrarse y comenzar a asumir el lugar que ya ha sido asignado. A dejar de mirar desde afuera lo que el Reino está haciendo y comenzar a participar desde adentro. A entender que no se trata solo de recibir dirección, sino de caminar en ella.

Cuando entramos en esta dimensión, nuestra vida espiritual deja de ser pasiva y se vuelve dinámica. La fe se expresa, el propósito se activa y la vida comienza a alinearse con el diseño de Dios de una manera más clara y efectiva.

Y en ese proceso, el Reino deja de ser una realidad lejana o teórica, y se convierte en una experiencia concreta, donde llegamos a entender que no fuimos llamados solo a ser parte, sino a ser protagonistas responsables dentro de lo que Dios está edificando.

## Capítulo ocho

# LIDERAZGO QUE GENERA ACTIVACIÓN

*“...Sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta,  
amor, espíritu, fe y pureza.”*

1 Timoteo 4:12

Uno de los aspectos más determinantes en la vida de la Iglesia no es solamente el mensaje que se predica, sino el tipo de personas que se están formando a través de ese mensaje. Porque toda enseñanza, de manera consciente o inconsciente, produce una cultura. Y esa cultura define cómo los creyentes piensan, responden, se involucran y viven su fe.

Cuando el liderazgo no tiene claridad en este punto, puede suceder que, aun con buenas intenciones, se formen creyentes dependientes en lugar de discípulos maduros, personas que esperan ser sostenidas en lugar de aprender a sostenerse en Dios, asistentes constantes pero participantes escasos. Y esto no ocurre de un día para otro, sino como resultado de un enfoque que prioriza la contención por encima de la formación.

El liderazgo en el Reino no fue diseñado solamente para acompañar, sino para formar. No se trata únicamente de ayudar a las personas en sus necesidades, sino de llevarlas a un punto de madurez donde puedan asumir su propia responsabilidad delante de Dios. Porque ayudar sin formar puede aliviar momentáneamente, pero no produce transformación sostenida.

Jesús es el modelo más claro de este tipo de liderazgo. Él no solo ministraba a las multitudes, sino que invertía de manera intencional en sus discípulos, no para que dependieran permanentemente de Él, sino para que llegaran a ser capaces de continuar la obra. Su enfoque no era retener, sino preparar; no era centralizar, sino multiplicar.

Esto implica una comprensión profunda del propósito del liderazgo: no se trata de hacer todo, sino de equipar a otros para que también hagan. El apóstol Pablo lo expresó claramente cuando habló de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, mostrando que la responsabilidad del líder no es reemplazar a los creyentes, sino activarlos.

Sin embargo, en muchos contextos, el liderazgo ha asumido un rol que, aunque bien intencionado, termina generando dependencia. Se resuelve constantemente, se responde por otros, se toma decisiones que otros deberían aprender a tomar, y con el tiempo, se forma una dinámica donde el creyente no desarrolla su propia vida espiritual, sino que la delega, lo cual no lo fortalece, sino que lo debilita.

La madurez no se transfiere, se forma, y la formación requiere espacio, proceso, corrección, desafío y, en muchos casos, permitir que las personas enfrenten situaciones donde deban responder por sí mismas. No desde el abandono, sino desde un acompañamiento que no sustituye, sino que guía.

El liderazgo que forma responsabilidad entiende que su tarea no es solo enseñar verdades, sino generar condiciones donde esas verdades puedan ser vividas. No se conforma con que las personas comprendan, busca que se involucren. No mide el éxito solo por la cantidad de asistentes, sino por la calidad de discípulos que se están formando.

Esto requiere un cambio de enfoque. Pasar de un liderazgo centrado en la actividad a un liderazgo enfocado en el desarrollo. De un modelo donde unos pocos hacen mucho, a un modelo donde muchos asumen lo que les corresponde. De una estructura sostenida por el esfuerzo de algunos, a una comunidad donde cada uno aporta desde su lugar.

Este tipo de liderazgo también debe aprender a equilibrar gracia y verdad. Porque formar responsabilidad no significa imponer cargas, ni generar presión innecesaria, sino acompañar a las personas a descubrir y asumir el lugar que Dios les ha dado. Es guiar con paciencia, pero también con firmeza; contener, pero sin anular la responsabilidad.

El apóstol Pablo reflejaba este equilibrio al relacionarse con las iglesias. Podía exhortar con claridad,

corregir cuando era necesario, pero también animar, sostener y acompañar. No buscaba agradar, buscaba formar. Y esa formación produjo creyentes que no solo recibían, sino que también se convertían en portadores del Reino.

Otro aspecto fundamental del liderazgo que forma responsabilidad es el ejemplo. Porque más allá de lo que se enseña, lo que se modela tiene un impacto profundo. Un líder que vive con compromiso, que asume su propia responsabilidad, que responde a Dios con seriedad, transmite mucho más que palabras. Su vida se convierte en una referencia.

Las personas no solo escuchan lo que se les dice, sino que también observan cómo vive su líder. Y ese testimonio tiene un poder formativo enorme. Por eso, el liderazgo no puede limitarse a comunicar principios, debe encarnarlos. Debe vivir lo que enseña, no desde la perfección, sino desde la coherencia. Y esa coherencia genera credibilidad, abre camino y facilita la formación de otros.

También es importante entender que formar responsabilidad lleva tiempo. No es un proceso inmediato, ni lineal. Implica acompañar, corregir, volver a enseñar, dar oportunidades y muchas veces, caminar junto a las personas mientras van desarrollando su propia vida espiritual.

Este es un proceso necesario, porque una iglesia que no forma responsabilidad termina sosteniendo inmadurez. En cambio, una iglesia que forma correctamente se vuelve

saludable, estable y capaz de crecer sin depender exclusivamente de unos pocos. Se convierte en un cuerpo donde cada miembro entiende su lugar, asume su rol y participa activamente en el propósito de Dios.

Como ministro del evangelio y maestro de la Palabra invito a quienes lideran, a revisar no solo lo que están haciendo, sino lo que están formando en la gente. Les ruego que evalúen si el enfoque que están impartiendo produce dependencia de ellos o madurez espiritual, si están activando o reteniendo, si están formando discípulos o solo creyentes.

El verdadero éxito del liderazgo no se mide por lo que el líder hace, sino por lo que otros llegan a ser a través de su formación. Y cuando el liderazgo asume este llamado con claridad, la Iglesia deja de ser un espacio donde pocos sostienen mucho y se convierte en una comunidad donde muchos viven responsablemente lo que Dios les ha confiado, avanzando juntos en el propósito del Reino.

Los líderes no estamos para ser admirados. No estamos para que la gente dependa de nosotros por siempre. Puede que lo hagan cuando recién llegan al camino del Señor, y está bien, pero si la gestión del liderazgo no lleva la genta a conectarse con Dios y a ser dependientes del Espíritu Santo, simplemente habrán fallado.

## Capítulo nueve

# DISCIPLINA QUE SOSTIENE EL CRECIMIENTO

*“Hagan que la perseverancia se desarrolle plenamente,  
para que sean perfectos y cabales, sin que les falte nada.”*

Santiago 1:4 (NVI)

A medida que el creyente avanza en su caminar con Dios y comienza a asumir su responsabilidad espiritual, aparece un elemento que resulta indispensable para sostener todo proceso de crecimiento: la disciplina. No como una imposición externa ni como una carga pesada, sino como un principio interno que ordena la vida, fortalece las decisiones y permite que lo que se ha comenzado correctamente pueda mantenerse en el tiempo.

Muchos inician bien, con claridad, con convicción, con entusiasmo, pero no todos logran sostener lo que han comenzado. Y en la mayoría de los casos, no se trata de falta de deseo ni de falta de entendimiento, sino de ausencia de disciplina. Porque el crecimiento espiritual no se mantiene por momentos de inspiración, sino por prácticas constantes que se sostienen aun cuando las emociones no acompañan.

La disciplina, en este sentido, no es enemiga de la libertad espiritual, sino su aliada. No limita, ordena; no apaga, canaliza; no restringe, fortalece. Es lo que permite que la vida no dependa de impulsos, sino de convicciones firmes que se traducen en hábitos concretos.

El apóstol Pablo utilizó la imagen del entrenamiento para describir este principio cuando exhortó a ejercitarse para la piedad, mostrando que la vida espiritual, al igual que cualquier otra área, requiere constancia, repetición y compromiso. Nadie crece de manera sólida sin desarrollar una estructura que sostenga ese crecimiento.

Sin embargo, muchas veces la disciplina es mal entendida. Se la asocia con rigidez, con legalismo o con una espiritualidad fría, cuando en realidad, en el contexto correcto, es una expresión de madurez. Es la capacidad de hacer lo que corresponde, aun cuando no se sienta hacerlo, porque se ha entendido su valor. Solo hay que permitir que el Espíritu Santo, en todo momento pese las intenciones de nuestro corazón.

Esto es especialmente importante en un tiempo donde las emociones tienen un lugar tan predominante. Si la vida espiritual depende únicamente de lo que se siente en cada momento, inevitablemente será inestable. Habrá días de avance y días de retroceso, momentos de intensidad y momentos de desconexión. Pero cuando la disciplina entra en juego, la vida comienza a estabilizarse. No porque

desaparezcan las emociones, sino porque dejan de ser el factor determinante.

La disciplina establece un marco dentro del cual la vida espiritual puede desarrollarse de manera saludable. Define tiempos, ordena prioridades, establece límites y genera un ritmo que permite avanzar de manera constante. No se trata de hacer más, sino de hacer lo necesario de manera sostenida.

Esto incluye aspectos tan básicos como el tiempo con Dios, la lectura de la Palabra, la oración, la administración del tiempo, el cuidado de los pensamientos, la forma en que se toman decisiones. Todo esto forma parte de una vida disciplinada, no como un fin en sí mismo, sino como un medio para crecer, porque lo que se hace ocasionalmente no transforma, pero lo que se hace consistentemente sí.

También es importante entender que la disciplina no se desarrolla de un día para otro. Es un proceso que comienza con decisiones pequeñas, pero firmes. No se trata de intentar cambiar todo al mismo tiempo, sino de comenzar a establecer hábitos que, con el tiempo, se conviertan en parte natural de la vida.

Aquí es donde muchos fallan, porque intentan hacer cambios radicales sin una base sólida, y al no poder sostenerlos, terminan frustrándose. Pero la disciplina verdadera se construye progresivamente, paso a paso, decisión tras decisión.

En este proceso, la constancia es clave. No se trata de hacerlo perfecto, sino de hacerlo continuo. Habrá días mejores y días más difíciles, momentos de claridad y momentos de lucha, pero lo importante es no abandonar lo que se ha comenzado. Porque la disciplina no elimina la dificultad, pero permite atravesarla sin detenerse.

El apóstol Pablo también habló de golpear su cuerpo y ponerlo en servidumbre, no en un sentido literal extremo, sino como una forma de expresar dominio propio, mostrando que la vida no debe ser gobernada por impulsos, sino por decisiones alineadas con el propósito de Dios.

Este dominio propio es una evidencia de madurez. Es la capacidad de decir no a lo que no edifica y sí a lo que construye, aun cuando lo primero sea más fácil o más atractivo en el momento. Y este tipo de decisiones, repetidas en el tiempo, forman un carácter firme.

La disciplina, entonces, no es solo una herramienta práctica, es una formación interna. Moldea la voluntad, fortalece la determinación y prepara al creyente para sostener niveles mayores de responsabilidad. Porque a mayor crecimiento, mayor necesidad de orden. Y sin disciplina, el crecimiento se vuelve inestable.

También es importante destacar que la disciplina no reemplaza la dependencia de Dios, sino que la acompaña. No se trata de confiar en el esfuerzo humano, sino de ordenar la vida de tal manera que la obra de Dios pueda fluir sin

obstáculos. Es crear condiciones donde lo que Dios está haciendo pueda sostenerse y desarrollarse.

Cuando el creyente entiende esto, deja de ver la disciplina como una obligación y comienza a verla como una inversión. Algo que, aunque requiere esfuerzo, produce resultados que trascienden el momento.

Este capítulo es una invitación a revisar la manera en que se está viviendo el día a día, a evaluar si hay estructura, orden y constancia, o si la vida está siendo guiada por impulsos y emociones. No desde la culpa, sino desde la oportunidad de ajustar aquello que permitirá avanzar con mayor estabilidad.

Porque la disciplina no es lo que inicia el crecimiento, pero sí es lo que lo sostiene. Y cuando el crecimiento se sostiene, deja de ser algo momentáneo y se convierte en una realidad firme, donde la vida refleja de manera consistente lo que Dios está formando en lo profundo del corazón.

## Capítulo diez

# DECISIONES QUE DEFINEN EL DESTINO

*“Muéstrame, oh, Señor, tus caminos; enséñame tus sendas. Encamíname en tu verdad y enséñame”.*

Salmo 25:4

Nuestra vida no está determinada únicamente por las circunstancias que enfrentamos, ni por las oportunidades que recibimos, sino en gran medida por las decisiones que tomamos. Y aunque esta verdad parece simple, tiene una profundidad que muchas veces no es plenamente comprendida, porque en el Reino de Dios, las decisiones no son solo elecciones momentáneas, sino actos que direccionan el curso de nuestra vida.

Cada decisión, por pequeña que parezca, contribuye a construir un camino. No se trata de eventos aislados, sino de una secuencia continua que, con el tiempo, define resultados. Por eso, la transformación no ocurre de manera repentina, sino como consecuencia de decisiones repetidas que se alinean con el propósito de Dios.

Sin embargo, muchas personas viven sin esta conciencia. Reaccionan más que deciden, responden a lo inmediato más que a lo importante, y terminan siendo llevadas por las circunstancias en lugar de dirigir su vida con intención. En ese contexto, el crecimiento se vuelve inestable, porque no hay una base firme que lo sostenga.

El Reino, en cambio, introduce un principio diferente: vivir de manera intencional. Esto implica detenerse, evaluar, discernir y decidir en función de la voluntad de Dios, no solo de lo que se siente o de lo que parece conveniente en el momento.

El libro de Proverbios afirma que hay camino que al hombre le parece derecho, pero su fin es camino de muerte, mostrando que no todo lo que parece correcto lo es realmente. Esto resalta la importancia de no basar las decisiones únicamente en la percepción personal, sino en una referencia superior: “la verdad de Dios”.

Decidir correctamente no es simplemente elegir entre lo bueno y lo malo, muchas veces es elegir entre lo bueno y lo mejor, entre lo conveniente y lo correcto, entre lo inmediato y lo eterno. Y este tipo de decisiones requiere madurez, porque no siempre serán las más fáciles ni las más populares.

Jesús enseñó sobre esto cuando habló del camino angosto, mostrando que la vida que conduce al propósito no siempre coincide con la lógica de la mayoría. Seguir ese

camino implica tomar decisiones que, en muchos casos, van en dirección contraria a lo que el entorno propone.

Por eso, la vida espiritual no puede vivirse de manera automática. Requiere atención, discernimiento y una disposición constante a ajustar el rumbo cuando sea necesario. No se trata de perfección, sino de dirección. No de no equivocarse nunca, sino de aprender a corregir y seguir avanzando. También es importante entender que no decidir, también es una decisión.

Muchas veces, la postergación, la indecisión o la evasión terminan generando consecuencias que podrían haberse evitado. El Reino no se mueve en la pasividad, sino en la respuesta. Y esa respuesta se expresa, en gran parte, a través de decisiones concretas.

El apóstol Pablo, al escribir a los efesios, exhorta a aprovechar bien el tiempo, porque los días son malos, lo que implica vivir con conciencia, no dejando que la vida pase sin dirección. Aprovechar el tiempo no es solo hacer más cosas, es hacer lo que corresponde en el momento correcto.

Esto conecta directamente con la activación responsable, porque cada decisión refleja una postura. Muestra si la persona está viviendo de manera intencional o simplemente reaccionando a lo que ocurre. Y esa diferencia, con el tiempo, se vuelve evidente en los resultados.

Las decisiones también están profundamente ligadas a las prioridades. Lo que una persona elige hacer, invertir, sostener o descuidar, revela lo que realmente valora. Y en ese sentido, no se puede separar la vida espiritual de las decisiones cotidianas. Todo está conectado.

La manera en que se administra el tiempo, las relaciones que se sostienen, los hábitos que se cultivan, las palabras que se eligen, todo forma parte de un sistema de decisiones que, acumuladas, definen el rumbo.

Por eso, no se trata solo de tomar grandes decisiones en momentos clave, sino de vivir tomando pequeñas decisiones correctamente todos los días. Es en lo cotidiano donde se construye lo extraordinario.

Jesús mismo enseñó que el que es fiel en lo poco, también en lo mucho será fiel, mostrando que la consistencia en lo pequeño prepara para responsabilidades mayores. Las grandes oportunidades no se sostienen sin una base de decisiones correctas en lo simple.

También es necesario reconocer que decidir implica asumir consecuencias. Cada elección abre puertas y cierra otras, direcciona recursos, define prioridades. Por eso, decidir correctamente no es solo una cuestión de voluntad, sino de sabiduría.

Aquí es donde la comunión con Dios se vuelve fundamental. No para transferirle la responsabilidad de

decidir, sino para recibir dirección, claridad y discernimiento. Dios guía, pero no decide por nosotros. Él muestra el camino, pero espera que caminemos, y en ese caminar, las decisiones se convierten en puntos de alineación o de desviación.

Cuando una persona comienza a vivir con esta conciencia, su manera de enfrentar la vida cambia. Deja de actuar impulsivamente, comienza a evaluar con mayor profundidad, aprende a esperar cuando es necesario y a avanzar cuando corresponde. Esto no significa que no habrá errores, pero sí que habrá una disposición constante a aprender, a corregir y a seguir adelante con mayor claridad.

Este capítulo es una invitación a tomar en serio el poder de decidir. A dejar de vivir en modo automático y comenzar a vivir con intención. A reconocer que cada elección cuenta, que cada paso suma y que cada decisión puede acercar o alejar del propósito.

Porque, en definitiva, la vida no se define solo por lo que recibimos, sino por lo que decidimos hacer con lo que recibimos. Y cuando nuestras decisiones comienzan a alinearse con la voluntad de Dios, el rumbo se clarifica, el crecimiento se afirma y el destino deja de ser una posibilidad incierta, para convertirse en una construcción consciente, guiada por la verdad y sostenida en una vida que responde.

## Capítulo once

# CONSTANCIA QUE PRODUCE RESULTADOS

*“Por tanto, mis amados hermanos, estad firmes, constantes, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.”*

1 Corintios 15:58

Uno de los factores más determinantes en la vida del creyente no es solamente la claridad que posee, ni siquiera las decisiones que toma en momentos puntuales, sino la capacidad de sostener en el tiempo aquello que ha decidido correctamente. Porque si bien una decisión puede marcar el inicio de un cambio, es la constancia la que lo convierte en una realidad estable.

Muchos comienzan con entusiasmo, con visión, con convicción, pero no todos logran permanecer en lo que han comenzado. Y en la mayoría de los casos, no es por falta de fe ni de intención, sino por ausencia de constancia. Porque el crecimiento en el Reino no se edifica sobre momentos

aislados, sino sobre una continuidad que se mantiene aun cuando las circunstancias cambian o las emociones fluctúan.

La constancia no es algo espectacular, pero es profundamente poderosa. No siempre se percibe de inmediato, no genera impacto visible en el corto plazo, pero con el tiempo produce resultados que no pueden ser ignorados. Es la suma de pequeñas acciones sostenidas lo que transforma la vida, no los grandes impulsos momentáneos.

El libro de Gálatas exhorta a no cansarse de hacer el bien, porque a su tiempo se segará, si no se desmaya. Este principio revela que el resultado no depende únicamente de lo que se hace, sino de la permanencia en lo que se hace. No es solo sembrar correctamente, es continuar sembrando hasta que el fruto se manifieste.

Sin embargo, aquí es donde muchos se detienen. Comienzan, pero al no ver resultados inmediatos, se desaniman. Ajustan por un tiempo, pero al no percibir cambios rápidos, vuelven a lo anterior. Y así, la vida entra en un ciclo de intentos que no se consolidan. Esto no es un problema de capacidad, es un problema de continuidad.

El Reino no responde a la intensidad momentánea, sino a la fidelidad sostenida. Jesús enseñó este principio al hablar de permanecer en Él, mostrando que el fruto no es el resultado de un contacto ocasional, sino de una conexión constante. Permanecer implica estabilidad, continuidad,

decisión de mantenerse, aun cuando no todo sea fácil o evidente.

La constancia, entonces, se convierte en un elemento clave de madurez. Es la evidencia de que una persona no está siendo gobernada por impulsos, sino por convicciones. Que no depende de lo que siente en cada momento, sino de lo que ha decidido sostener.

Esto es especialmente importante en un tiempo donde todo tiende a lo inmediato, a lo rápido, a lo instantáneo. La cultura promueve resultados sin proceso, avances sin esfuerzo, cambios sin disciplina. Pero el Reino funciona de manera diferente. Requiere tiempo, compromiso y una disposición a sostener lo correcto, aun cuando no se vean resultados inmediatos.

La constancia también está profundamente ligada a la identidad. Porque cuando una persona sabe quién es y hacia dónde va, puede sostener lo que hace con mayor firmeza. No se mueve por lo que ocurre alrededor, sino por lo que ha decidido internamente.

En cambio, cuando la identidad es débil, la constancia se vuelve frágil. Cualquier dificultad, cualquier desánimo o cualquier distracción puede interrumpir el proceso. Por eso, no se trata solo de esforzarse más, sino de afirmarse mejor en lo que Dios ha establecido.

También es importante entender que la constancia no significa rigidez. No se trata de hacer siempre lo mismo sin discernimiento, sino de mantener la dirección, aun cuando haya ajustes en el camino. La forma puede cambiar, pero el propósito permanece. Esto permite adaptarse sin perder el enfoque, avanzar sin desordenarse, crecer sin desviarse.

El apóstol Pablo reflejaba esta constancia en su vida. A pesar de las dificultades, las persecuciones y los desafíos, nunca abandonó lo que había comenzado. No porque todo fuera fácil, sino porque su convicción era firme. Sabía en quién había creído, y eso le permitía sostenerse aun en medio de contextos complejos.

Este tipo de constancia no se desarrolla de un día para otro. Es el resultado de decisiones repetidas, de disciplina aplicada, de una vida que aprende a sostener lo correcto aun cuando no sea lo más cómodo. Y en ese proceso, algo comienza a cambiar.

Lo que antes costaba, comienza a ser más natural, lo que antes era inestable, comienza a afirmarse, lo que antes era intento, comienza a ser hábito. La vida empieza a tomar forma. Por eso, debemos revisar no solo lo que estamos haciendo, sino cuánto de lo que estamos haciendo se está sosteniendo en el tiempo.

Debemos evaluar si hay continuidad o si la vida está marcada por inicios sin consolidación. A entender que no se trata de hacer mucho por un tiempo, sino de hacer lo correcto

de manera constante. Porque en el Reino, el resultado no es producto de la intensidad, es fruto de la constancia.

Y cuando la constancia se establece, el crecimiento deja de ser una posibilidad y se convierte en una realidad inevitable. No por esfuerzo humano aislado, sino por una vida alineada que ha aprendido a permanecer.

Allí, dejamos de depender de momentos especiales para avanzar, y comenzamos a caminar en una estabilidad que nos permite crecer de manera firme, sabiendo que cada paso sostenido, aunque parezca pequeño, está construyendo algo mucho mayor. Y con el tiempo, lo que fue sembrado en constancia, se manifiesta en resultados que permanecen para la gloria de Dios.

## Capítulo doce

# UNA VIDA QUE RESPONDE Y TRANSFORMA

*“Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús.”*

1 Tesalonicenses 5:16 al 18

Cuando la responsabilidad es asumida, la fe se activa, las decisiones se alinean, la disciplina se establece y la constancia se sostiene, comienza a manifestarse una consecuencia inevitable: la vida cambia, y ese cambio no queda limitado al ámbito personal, sino que se proyecta hacia el entorno. Porque el diseño del Reino nunca fue que la transformación termine en el individuo, sino que, a través de él, alcance a otros.

Una vida que responde correctamente a Dios no permanece igual, pero tampoco deja todo igual a su alrededor. Lo que ocurre en lo interno comienza a expresarse en lo externo, no como un esfuerzo por mostrar algo, sino como una manifestación natural de lo que ha sido formado.

Esto es lo que marca la diferencia entre una vida que solo recibe y una vida que transforma.

El creyente que vive en esta dimensión deja de estar enfocado únicamente en su propio proceso y comienza a ser consciente de su influencia. Entiende que cada decisión, cada actitud, cada palabra y cada acción tienen un impacto, no solo en su vida, sino en quienes lo rodean. Y esa conciencia eleva el nivel de responsabilidad, porque ya no se trata solo de crecer, sino de representar correctamente el Reino.

Jesús enseñó este principio al decir que la luz no fue diseñada para esconderse, sino para alumbrar. Esta imagen no es solo simbólica, es una descripción de la vida que ha sido transformada. La luz no hace esfuerzo por brillar, simplemente lo hace porque es su naturaleza. De la misma manera, una vida alineada con Dios comienza a reflejarlo de manera natural.

Esto no significa perfección, sino coherencia. No implica ausencia de debilidades, sino una dirección clara. Es una vida que, aun en proceso, ya está produciendo impacto porque ha dejado de ser pasiva y ha comenzado a responder.

También es importante entender que la transformación no siempre será visible de inmediato para todos, pero siempre será real. Y con el tiempo, esa realidad se hace evidente. Las relaciones cambian, las decisiones se ordenan, las prioridades se alinean, y el entorno comienza a percibir que algo es diferente. Esto no ocurre por imposición, sino por influencia.

El Reino no avanza solamente por lo que se predica, sino por lo que se vive. Y cuando la vida refleja lo que se cree, el mensaje adquiere peso, autoridad y credibilidad. Porque las personas no solo escuchan lo que se dice, observan lo que se hace.

En este sentido, cada creyente se convierte en un punto de referencia. No en el sentido de ser perfecto, sino en el sentido de ser coherente. Y esa coherencia tiene un poder transformador, porque muestra que lo que Dios promete es posible, que el cambio es real y que la vida puede ser diferente.

El apóstol Pablo expresó esto cuando invitaba a otros a imitar su manera de vivir, no desde una posición de superioridad, sino como alguien que estaba caminando en coherencia con lo que enseñaba. Su vida respaldaba su mensaje, y eso generaba un impacto profundo.

Esto es clave, porque la transformación no se transmite solo con palabras, se transmite con vida.

Una vida que responde correctamente comienza a convertirse en una herramienta en las manos de Dios. No solo para su propio crecimiento, sino para edificar a otros, para inspirar, para guiar, para mostrar un camino. Y esto nos lleva a entender que la responsabilidad no termina en uno mismo. Asumirla no solo cambia la vida personal, sino que habilita a otros a hacer lo mismo. Porque cuando alguien decide vivir

de manera diferente, abre la puerta para que otros también lo hagan.

La transformación es contagiosa. No porque se imponga, sino porque se evidencia. Sin embargo, para que esto ocurra, es necesario mantenerse alineado. No basta con comenzar bien, es necesario sostener la dirección. Porque el impacto no se produce por momentos aislados, sino por una vida consistente que refleja de manera continua lo que Dios está haciendo.

Esto requiere humildad, dependencia y una disposición constante a seguir siendo formado. Porque cuanto mayor es la influencia, mayor es la responsabilidad de vivir correctamente. No desde la presión, sino desde la conciencia de lo que se representa.

También implica entender que cada entorno es una oportunidad. La familia, el trabajo, la iglesia, los espacios cotidianos, todos son lugares donde el Reino puede manifestarse. No a través de discursos constantes, sino a través de una vida que refleja principios, valores y una forma diferente de vivir.

La transformación no siempre comienza con grandes acciones, muchas veces comienza con pequeñas decisiones vividas de manera consistente. Pero esas decisiones, sostenidas en el tiempo, generan un impacto que trasciende lo inmediato.

Por eso, este capítulo no es solo una conclusión, es una proyección. Es una invitación a no quedarse en el cambio personal, sino a permitir que ese cambio se convierta en influencia. A entender que la responsabilidad asumida no solo ordena la vida, sino que la posiciona como un instrumento para algo mayor.

Porque cuando una persona decide responder correctamente a Dios, no solo se transforma a sí misma, se convierte en un agente de transformación. Y en ese proceso, el Reino deja de ser una realidad interna solamente, y comienza a manifestarse en cada espacio donde esa persona vive, interactúa y se desarrolla.

Allí, la vida adquiere un sentido más profundo, porque ya no se trata solo de avanzar, sino de impactar. Ya no se trata solo de crecer, sino de edificar. Ya no se trata solo de recibir, sino de dar.

Y en esa dinámica, la responsabilidad encuentra su expresión más completa: una vida que no solo ha sido transformada, sino que también participa activamente en la transformación de otros, reflejando de manera tangible la obra de Dios en la tierra y la manifestación de Su Reino.

# CONCLUSIÓN

“De la pasividad a la activación responsable”

A lo largo de este recorrido hemos visto que la vida cristiana no fue diseñada para ser vivida desde la pasividad, sino desde una respuesta consciente, intencional y comprometida con lo que Dios ha establecido. No se trata de negar la gracia, ni de minimizar la obra de Dios, sino de comprender correctamente el lugar que le corresponde al creyente dentro de ese obrar.

Porque Dios sigue siendo la fuente, el iniciador, el que capacita, el que guía y el que sostiene, pero el hombre ha sido llamado a responder. Y es en esa respuesta donde la vida comienza a ordenarse, donde la fe se vuelve activa y donde el crecimiento deja de ser una expectativa para convertirse en una experiencia.

Muchas veces se ha esperado que el cambio ocurra sin involucrarse, que el crecimiento se produzca sin decisiones y que los resultados lleguen sin atravesar procesos. Pero el Reino no opera de esa manera. Lo que Dios ha provisto necesita ser asumido, lo que Dios ha hablado necesita ser obedecido y lo que Dios ha comenzado necesita ser sostenido.

Y allí es donde la activación responsable deja de ser un concepto y se convierte en una forma de vivir.

A lo largo de cada capítulo, de cada página, hemos visto cómo esta responsabilidad atraviesa todas las áreas: la vida espiritual personal, la manera de involucrarse en el Reino, la fe que se expresa en acciones, la necesidad de romper con mentalidades que limitan, la importancia de atravesar procesos, de gestionar cambios, de sostener disciplina, de tomar decisiones correctas y de permanecer con constancia. Nada de esto es aislado. Todo forma parte de un mismo camino: “el paso de una vida reactiva a una vida intencional”.

Porque los hijos de Dios, debemos asumir nuestra responsabilidad, dejar de depender de lo que ocurre a nuestro alrededor y comenzar a construir desde lo que Dios ha puesto dentro de nuestro ser. Ya no debemos vivir esperando condiciones ideales, sino respondiendo con lo que ya tenemos en el lugar donde estemos. Ya no debemos definirnos por lo que nos falta, sino por lo que hemos decidido hacer con lo que ya recibimos en Cristo.

Este cambio de enfoque es determinante, porque cuando activamos la responsabilidad, la fe se fortalece, el carácter se forma y el propósito se manifiesta. La vida deja de ser inestable y comienza a afirmarse.

Lo que antes era frustración se convierte en proceso, lo que antes era estancamiento comienza a moverse y lo que parecía imposible empieza a tomar forma. No porque todo cambie de inmediato, sino porque hemos cambiado nuestra manera de posicionarnos frente a la vida, y en ese nuevo

posicionamiento, el Reino comienza a manifestarse de manera más clara.

También hemos visto que esta transformación no termina en lo personal. Una vida que responde correctamente a Dios inevitablemente impacta a otros. La responsabilidad asumida no solo ordena la vida, la convierte en una herramienta para edificar, para influenciar y para mostrar que es posible vivir de una manera diferente.

Porque el mundo no necesita más palabras sin evidencia, necesita vidas que reflejen lo que creen. Y esa es la invitación final de este libro, no simplemente entender, sino vivir. No solo recibir, sino responder. No quedarse en la intención, sino avanzar en la acción.

La responsabilidad no es una carga que oprime, es una oportunidad que posiciona. Es el paso necesario para salir de la inmadurez y entrar en una vida estable, firme y alineada con el propósito de Dios.

No se trata de hacerlo todo perfecto, sino de comenzar correctamente. De dar pasos concretos, de sostener decisiones, de avanzar aun cuando no todo esté claro. Porque en ese camino, Dios sigue obrando, sigue guiando y sigue formando.

Hoy más que nunca, la Iglesia necesita creyentes que asuman este llamado. No espectadores, no consumidores, no personas que esperan constantemente que otros hagan, sino

hombres y mujeres que entiendan que han sido llamados a participar, a construir y a avanzar.

Este es el tiempo de dejar la pasividad, este es el tiempo de asumir la responsabilidad. Porque Dios ya ha hecho su parte, ahora es el momento de responder nosotros. Y en esa respuesta, la vida deja de ser una promesa lejana, y se convierte en una realidad que se construye día a día, con decisiones firmes, con una fe activa y con un corazón dispuesto a vivir todo lo que Dios ha preparado.

# APÉNDICE PARA LÍDERES

“Estableciendo una cultura de responsabilidad”

A lo largo de este libro se ha expuesto una verdad que, aunque fundamental, muchas veces ha sido descuidada en la formación de la Iglesia: “la responsabilidad personal del creyente en su caminar con Dios”.

Sin embargo, para que esta verdad no quede solamente en el plano individual, es necesario que el liderazgo la comprenda, la modele y la establezca como una cultura dentro de la comunidad., porque la cultura no se forma por lo que ocasionalmente se enseña, sino por lo que consistentemente se vive.

El liderazgo tiene un rol determinante en este proceso. No solo como transmisor de contenido, sino como formador de vidas. Y esto implica ir más allá de la enseñanza puntual, para entrar en un proceso intencional donde los creyentes no solo escuchen la verdad, sino que aprendan a vivirla.

Uno de los errores más comunes en este punto ha sido reducir el rol del liderazgo a contener necesidades, resolver problemas y sostener personas, sin llevarlas a un punto de madurez donde puedan asumir su propia responsabilidad. Y aunque la contención es necesaria, cuando no está acompañada de formación, termina generando dependencia.

El liderazgo en el Reino no fue diseñado para crear dependencia, sino para formar discípulos responsables. Esto requiere un cambio de enfoque. Pasar de un modelo donde el líder hace por otros, a un modelo donde el líder forma a otros para que asuman lo que les corresponde. No se trata de abandonar, sino de acompañar de manera que la persona crezca.

En este proceso, es fundamental evitar dos extremos que suelen aparecer cuando se enseña sobre responsabilidad. Por un lado, el legalismo, que coloca todo el peso en el esfuerzo humano, como si el crecimiento dependiera exclusivamente de la capacidad del creyente. Por otro lado, la pasividad, que atribuye todo a la acción de Dios, anulando la participación del hombre. Ambos extremos son peligrosos, porque distorsionan el diseño del Reino.

La verdad se encuentra en el equilibrio: Dios obra, pero el hombre responde. La gracia capacita, pero la responsabilidad posiciona. Cuando esto se enseña correctamente, se forma una base saludable donde el creyente no vive bajo presión, pero tampoco en pasividad.

Otro aspecto clave es entender que la responsabilidad no se impone, se forma. No se establece por exigencia externa, sino por convicción interna. Y esa convicción se desarrolla a través de la enseñanza, el ejemplo y el acompañamiento.

El liderazgo debe modelar lo que enseña. Porque las personas no solo aprenden por lo que escuchan, sino por lo que observan. Un líder que vive con responsabilidad, que responde a Dios, que sostiene disciplina y que camina con coherencia, está formando mucho más que un mensaje.

La vida del líder se convierte en referencia, y esa referencia tiene un impacto profundo en la comunidad.

También es necesario crear espacios donde los creyentes puedan asumir responsabilidad de manera práctica. No basta con hablar del tema, es necesario generar oportunidades donde las personas puedan involucrarse, participar y desarrollarse.

Esto implica delegar, confiar, acompañar y, en muchos casos, permitir que otros cometan errores como parte de su proceso de crecimiento. Porque la madurez no se desarrolla evitando la experiencia, sino atravesándola.

Formar responsabilidad requiere paciencia. No todos avanzan al mismo ritmo, no todos responden de la misma manera, pero el liderazgo debe mantenerse firme en el proceso, entendiendo que el objetivo no es un cambio inmediato, sino una transformación sostenida.

También es importante establecer un sistema de discipulado intencional. No solo reuniones generales, sino espacios donde se trabaje de manera más cercana, donde se pueda acompañar el proceso personal de cada creyente,

ayudándolo a identificar áreas de crecimiento, a tomar decisiones y a sostener cambios.

El discipulado es el espacio donde la responsabilidad se vuelve práctica. Allí se enseña, pero también se confronta. Se anima, pero también se corrige. Se acompaña, pero no se reemplaza. Y en ese equilibrio, el creyente comienza a desarrollarse.

Otro elemento fundamental es la repetición. La cultura no se establece con un solo mensaje. Es necesario insistir, reforzar, volver a enseñar desde diferentes ángulos, hasta que la verdad deje de ser información y se convierta en una forma de pensar y de vivir. Con el tiempo, esto produce un cambio visible.

La iglesia deja de ser un espacio donde pocos hacen mucho, y se convierte en una comunidad donde muchos asumen lo que les corresponde. La carga se distribuye, el crecimiento se vuelve saludable y el avance se sostiene. Porque cuando hay responsabilidad, hay madurez. Y cuando hay madurez, hay estabilidad.

Este apéndice no es un complemento opcional, es una herramienta para que lo que ha sido enseñado en este libro pueda ser implementado de manera efectiva. Es una invitación al liderazgo a no conformarse con informar, sino a formar; a no limitarse a enseñar, sino a establecer.

Porque la iglesia que no forma responsabilidad inevitablemente sostiene inmadurez, pero la iglesia que asume este desafío se posiciona para crecer, para avanzar y para reflejar el Reino de Dios de una manera más clara, más firme y más madura.

Y en ese contexto, la enseñanza deja de ser teoría, y se convierte en una realidad viva que transforma vidas, fortalece la comunidad y establece una cultura que honra a Dios.

# Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal [www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Doctor y maestro de la Palabra

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

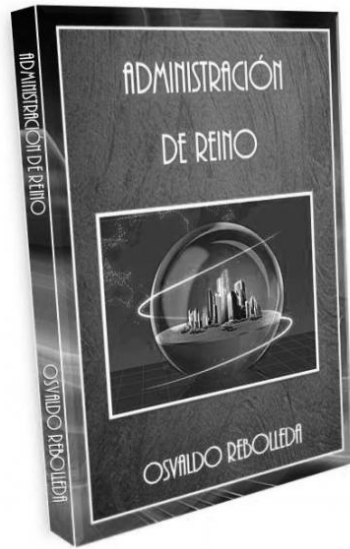
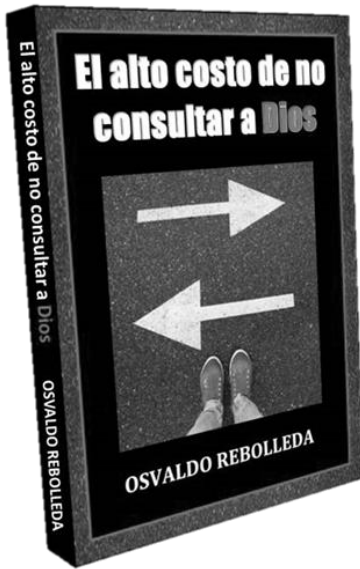
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de  
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

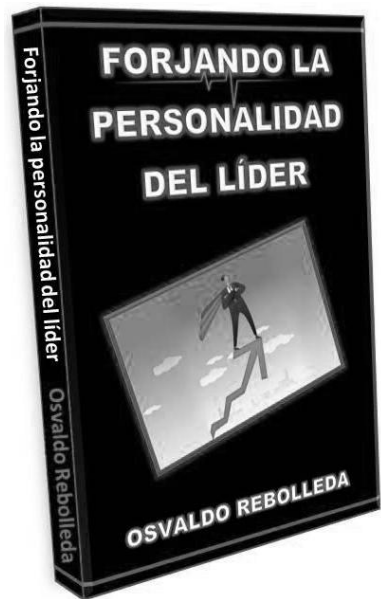
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

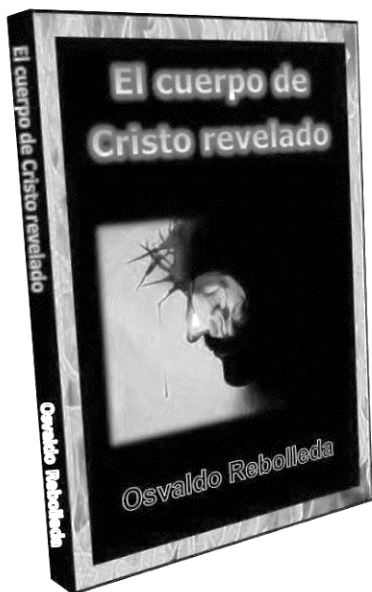
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

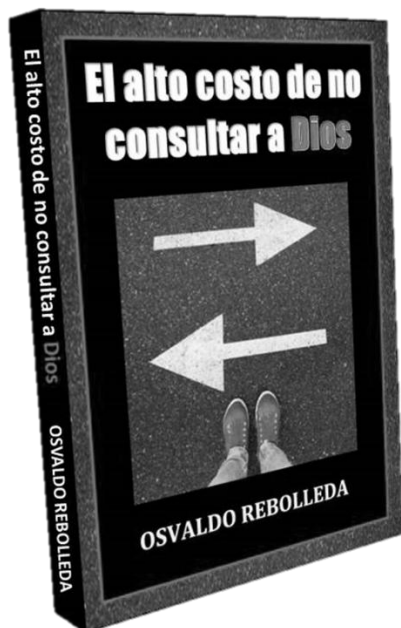


[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



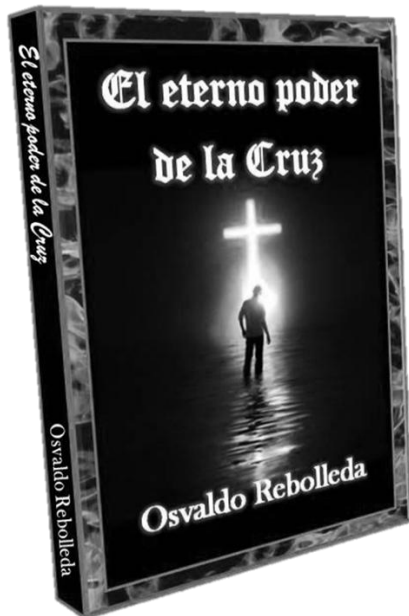
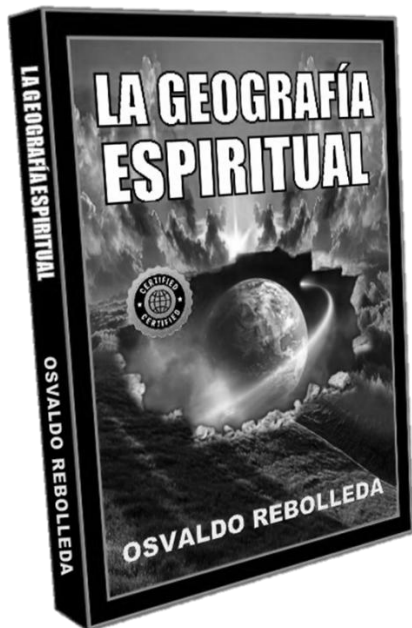


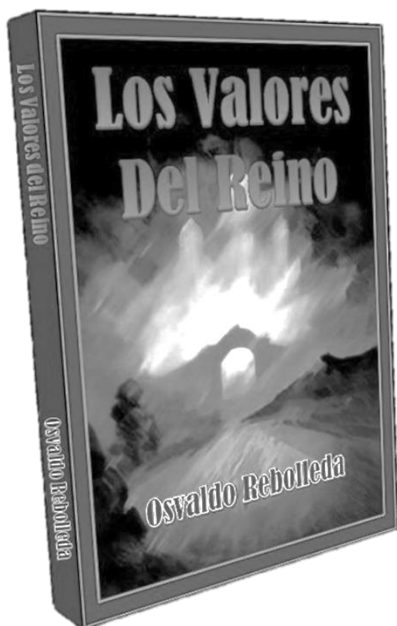
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

